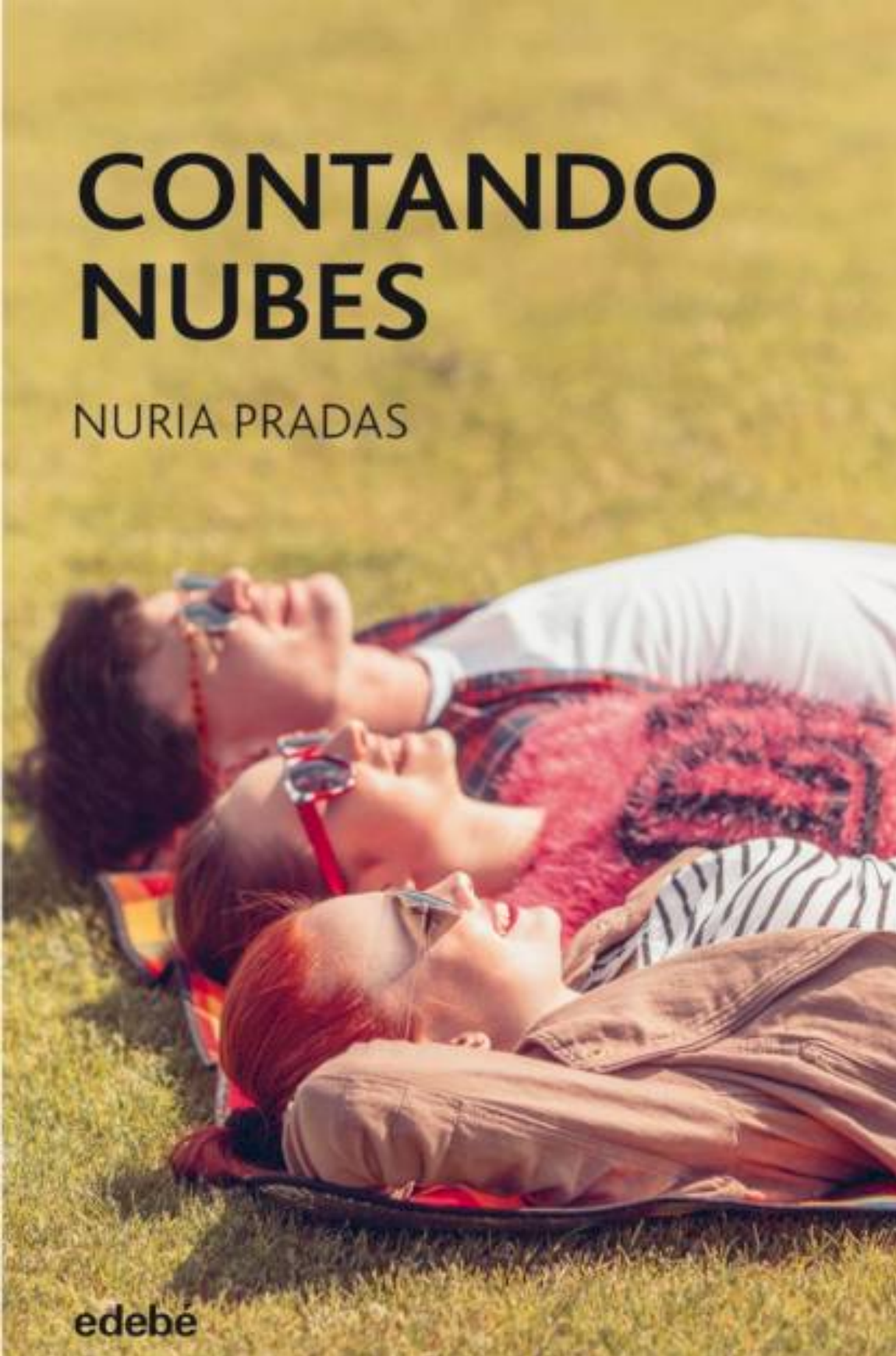


CONTANDO NUBES

NURIA PRADAS



edebé

NURIA PRADAS

CONTANDO NUBES



NURIA PRADAS

CONTANDO NUBES



NURIA PRADAS

CONTANDO NUBES



PRIMERA PARTE EN BUSCA DE

PAZ

Capítulo uno

La abuela se acerca al sofá en el que he aparcado mi maltrecho cuerpo toda la tarde. Me mira con esa mirada suya, tan dulce, tan compasiva, toda ella hecha de tristeza y de preocupación.

Me revuelve el pelo como hacía cuando yo era una niña feliz y siento cómo la pena sube por mi garganta, amenazando seriamente en convertirse, de nuevo, en una cascada de lágrimas. Controló, como puedo, los latidos de mi corazón y respiro a bocanadas breves y profundas. Sé que esto me ayuda a contenerme.

Ella se sienta a mi lado y yo apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos. No digo nada. Sé que, si intento hablar, la voz me temblará y las lágrimas volverán a asomar a mis ojos, así que pasamos en silencio el resto de la tarde, hasta que por las ventanas solo entra oscuridad y la abuela se levanta para ir a preparar la cena.

Hace una semana que llegué a casa de la abuela.

Cuando en enero salí del hospital, donde pasé casi tres meses y donde me curaron las heridas del cuerpo, papá y mamá me llevaron a casa. Nos dijeron que lo peor ya había pasado; ahora tendría que ir a rehabilitación para recuperar del todo el movimiento del brazo derecho. Nadie tuvo el detalle de explicarme qué debía hacer para recuperar los latidos de mi corazón, la sonrisa o, simplemente, la paz del alma.

Me encerré en casa, de donde solo salía para ir al hospital. Volver a la vida normal, recuperar mi cotidianidad, aunque todo el mundo se empeñaba en decirme que eso era precisamente lo que debía hacer, me parecía una aberración. Porque... ¿es que queda algo por recuperar cuando alguien tan querido se va? ¿Cómo puede ser que el sol, ahí

fuera, siga alumbrando, que la gente siga caminando por la calle, arrastrando sus pérdidas, el recuerdo de los que ya no están? ¿Cómo se hace eso? Simplemente, ¿cómo vuelve uno a vivir?

Encerrada en casa sentí que el tiempo se alargaba, que me envolvía en sus densas espirales vacías y que me empujaba hacia un interminable abismo. Todo me recordaba a David. Estar en mi habitación, donde aún resonaban nuestras risas, me resultaba insoportable. También me agobiaba la compañía de mi familia; me molestaban tanto los silencios respetuosos de papá y mamá, y de Clara, como sus charlas disfrazadas de falsa alegría que no solo no me distraían, sino que ensanchaban aún más el agujero que, día a día, se abría en mi interior. Ellos, llenos de buenas intenciones, intentaban hacerme hablar, romper el silencio en el que me había sumido desde la muerte de David; pero yo hubiera preferido llenarme la boca de chinchetas antes que pronunciar una sola palabra.

Y entonces llegaron las sesiones con el psiquiatra, la medicación, los parches que, con buena intención, aquel médico intentaba ponerle a mi alma y que yo aguantaba porque ya no me quedaban fuerzas para discutir y, mucho menos, para rebelarme.

Sin embargo, aquella farsa era inútil. Lo que me pasaba no tenía arreglo porque yo había perdido a David en un accidente de coche que casi no recordaba. Me faltó muy poco para perder la vida. Lo hubiera preferido.

Había perdido también mi cotidianidad, el curso, los amigos, a los que no quería ver. Sentía que no me quedaba nada, que toda yo era un gran vacío dentro del vacío más grande que David había dejado tras de sí. Y eso los médicos no lo podían arreglar.

Consiguieron que durmiese alguna noche, eso sí. Pero cuando dormía, las más terribles pesadillas asomaban a mis sueños. Y durante los interminables días de ese interminable invierno, sentí muy a menudo que me faltaban el aire y las ganas de vivir.

Ya no me apetecía nada.

O quizá sí...

La primavera llegaba a su fin. Había sido una primavera desnuda de flores, de luz, de calidez, y la proximidad del verano me exasperaba. El verano era sinónimo de vacaciones en el apartamento de la playa, allí donde David y yo nos conocimos. El verano era amor, recuerdos de sal y besos. Y eso era un túnel demasiado estrecho para mí; un túnel que no me veía con ánimo de atravesar. En mi mente se iba formando un plan.

Un día, mientras mi familia comía y yo jugaba con la comida que había en el plato, abrí la boca para manifestar lo único que me apetecía hacer en aquellos momentos:

—Quiero ir al pueblo, a pasar el verano en casa de la abuela Berta.

Mamá me miró con ojos húmedos; papá se frotó la nariz, ahí donde las gafas dejan su señal, como hace siempre que está preocupado. Clarita dejó de comer.

Finalmente, todos, incluso el psiquiatra, reconocieron que era una buena idea que pasara el verano en el campo, con mi abuela, como cuando era niña. Claro que antes tuve que convencerles de mi *casi* estabilidad, de mis progresos, y faltó poco para que tuviera que jurar sobre la Biblia que no dejaría para nada el tratamiento. Incluso acepté pasar por unas cuantas visitas extras.

Hice todo lo que me pidieron. Consentí, prometí y casi cumplí, mientras soñaba en escaparme al pueblo donde, quizá, el recuerdo de David no me perseguiría a todas horas. Donde, quizá, el canto de los grillos, por las noches, me acunaría y conseguiría dormir sin pesadillas.

Claro que ahora ya no estaba el abuelo para llevarnos a pescar y para hacernos reír a mi hermana Clara y a mí con sus geniales historias llenas de aventuras, porque al abuelo también se lo había llevado la muerte hacía unos años. Cuatro, para ser exactos. Murió un año después de que mamá convenciese a papá de comprar aquel apartamento en la costa. A partir de aquel momento, las vacaciones las empezamos a pasar en la playa y nuestras largas estancias en casa de los abuelos, en el campo, quedaron reducidas a

alguna escapada de fin de semana y, después, a nada. Los abuelos seguían viniendo a vernos a la ciudad cada año por Navidad, pero el pueblo quedó encerrado en el baúl de los recuerdos.

Y entonces cambié a mis amigos del pueblo, esos que habían ido creciendo conmigo y con mi hermana, por otros, justo en el momento en que la adolescencia atacaba con fuerza y surgían los primeros amores.

Y cambié los baños en las heladas aguas del río por los cálidos baños de mar; los paseos por el bosque en bici, por las primeras salidas en coche.

Y, después de algunos inocentes amoríos, conocí a David y todo cambió aún más. No me di cuenta en aquel momento de todo lo que dejaba atrás porque estaba demasiado ocupada enamorándome como una loca. No sentí añoranza por el olor a pan recién hecho, ni por las sonrisas de los abuelos, ni por aquellas noches mágicas llenas de estrellas y del canto de los grillos.

Y acaso, hubiera tardado mucho más en sentir esa añoranza por la niñez que duerme en el corazón de los jóvenes y de los adultos si David no se hubiera ido tan de golpe.

Pero se fue.

Y por eso, al llegar el verano, yo deseaba con toda la fuerza de mi maltrecho corazón ir a casa de la abuela. Cambiar mis paisajes. Intentar sofocar mi tristeza.

A principios de junio, con una maleta pequeña, subí al tren y luego al coche de línea.

Cuando por fin llegué al pueblo y vi a la abuela Berta, esperándome, tan erguida aún a sus años, con el pelo blanco y corto, y una sonrisa triste en el rostro, sentí que la oleada cálida del reencuentro brotaba en mis mejillas y, a la vez, el dolor que me estrujaba el alma se desbordó. Abrazada a la abuela lloré, una vez más, lágrimas de pena, de impotencia. Sí, de impotencia ante la pérdida de David, por no haber podido hacer nada para detener aquel destino fatal. Lágrimas al pensarlo muerto en medio de aquella carretera oscura.

La abuela me abrazó, llorando también, y el calor de su

cuerpo, su olor a lavanda, se me metieron dentro y, como el ungüento que de niña aliviaba los arañazos de mi cuerpo, empezaron a aliviar mi corazón.

Capítulo dos

Cuando pasaba los veranos con la abuela Berta en la casa del pueblo, tenía una pandilla con la que compartía todas las horas del día y algunas de la noche. Correteábamos sin parar: del río a casa; de casa de uno a la del otro; o nos íbamos de merienda al campo con las bicis, o a recoger fruta a algún huerto, con el peligro que esto suponía para nuestra integridad física.

El sitio era lo de menos.

Clara, mi hermana, tenía otro grupo, los Renacuajos los llamábamos, aunque no eran mucho más pequeños que nosotros, que a los diez, once y doce años nos sentíamos los dueños del mundo y alrededores.

En la pandilla había chicos y chicas de la ciudad que pasaban el verano con sus familias en el campo, como yo, y otros del pueblo que se unían y mezclaban con los veraneantes.

Áurea era mi mejor amiga de verano. Es cierto que solo nos veíamos durante las vacaciones en el pueblo, pero aquellos veranos eran tan intensos que nada ni nadie que formara parte de ellos podía ser insignificante. Todo, en esas semanas, era superlativo. Mi amistad con Áurea, también.

Áurea sigue veraneando en el pueblo. Me lo dijo la abuela a los pocos días de llegar, mientras cenábamos con la señora Encarna, su amiga de toda la vida y ahora viuda como ella. Se hacen mucha compañía. Son inseparables, y la verdad es que cuesta creer que puedan tener una relación tan estrecha, porque son como la noche y el día.

Por la tarde habíamos salido, la abuela y yo, a dar una vuelta. La abuela Berta había insistido mucho en enseñarme las novedades del pueblo, que hacía tanto tiempo que

yo no visitaba. Y, aunque no tenía ningunas ganas de salir, no quise disgustarla.

En estos cinco años el pueblo ha cambiado bastante. No en su esencia; sigue siendo un pueblo de interior, maltratado en verano por el sol y las altas temperaturas. El centro está tal y como lo recordaba: la pequeña plaza, con su fuente en medio y los bancos a la sombra de las higueras; el Bar Centro, que todo el mundo en el pueblo conoce como el bar de Manolo, y los comercios, pocos y de toda la vida. Pero allí donde yo recordaba que el pueblo terminaba y se convertía en campo habían crecido casas nuevas, algunas grandes, con piscina, ordenadamente alineadas a lo largo de las aceras blancas y custodiadas por árboles jóvenes que aún no daban sombra.

Por la noche, mientras cenaba con la abuela y la señora Encarna, saqué a relucir el tema de los cambios en el pueblo.

—Me ha sorprendido ver esas casas. ¿Son de veraneantes?

—Pues claro —dijo la señora Encarna—. Aquí siempre viene a veranear la misma gente. La mayoría de los veraneantes han nacido en el pueblo y muchos aún tienen aquí a parte de su familia. Antes, hace unos años, solían pasar el verano en las casas familiares.

—Como vosotros —añadió la abuela, y se llenó el vaso hasta el borde de gaseosa.

No recuerdo que la abuela Berta haya bebido nunca nada más que gaseosa en las comidas.

—Pues yo me acuerdo de algunos niños de la pandilla que pasaban estos meses en casas alquiladas —dije, pasando lista y haciendo un esfuerzo por recordar a mis amigos de la infancia.

La señora Encarna negó con la cabeza:

—Pocos, María, pocos. De esos había pocos. ¿Quién querría veranear en este pueblo si no tuviera aquí a su familia?

La abuela se quedó mirando a su amiga con cara de enfado:

—¡Pues bien bonito que es este pueblo!

—Para nosotras sí, que no hemos visto nada más en toda nuestra vida. Pero para los jóvenes... ¡Quita, mujer, quita...!

La señora Encarna se me quedó mirando fijamente, con los labios prietos y una mirada recelosa en sus ojillos menudos:

—A ver, María, di, ¿cuántos años hacía que no te dejabas caer por aquí?

Bajé la cabeza hasta el plato de inmediato. El olvido al que había sometido al pueblo de mis ancestros me cayó encima de golpe y me sentí avergonzada. La abuela meneó la cabeza con reprobación, como si reprendiera a su amiga por lo que acababa de decir, y murmuró algo ininteligible entre dientes. Luego seguimos comiendo en silencio.

Cuando el silencio se me hizo demasiado largo, volví a preguntar, sin mucho interés:

—Pero, entonces, ¿quién vive en la urbanización nueva?

—Principalmente —dijo la señora Encarna—, gente nacida aquí que se fue a trabajar fuera. Los que pasaban los veranos en las casas familiares, en su mayoría, han terminado haciéndose una casa nueva.

La señora Encarna se volvió a llenar el plato de ensaladilla, una de las especialidades culinarias de mi abuela.

—Hay gente con muchos humos.

Fue entonces cuando la abuela me dio la noticia.

—¿Sabes, María? Áurea sigue veraneando en el pueblo.

—Sí, sus padres se han comprado una de esas casas —añadió enseguida la señora Encarna—. Una de las más aparentes.

—La más grande de todas es la suya —afirmó la abuela en un susurro, como si se tratara de un secreto.

—Lo que les ha debido de costar. Un riñón y parte del otro.

La abuela asintió con la cabeza, mientras cortaba unas rebanadas de pan.

—Y se ha echado novio.

Las manos de la abuela se quedaron inmóviles encima del pan que estaba cortando, y su expresión se nubló. Sentí

sus ojos y los de la señora Encarna clavados en mí. ¿Era la palabra *novio* la que había congelado la escena?

No se me ocurrió otra cosa que carraspear haciendo un esfuerzo para simular que no me había dado cuenta de nada. Mi voz, sin embargo, no era más que un murmullo cuando pregunté:

—¿Y quién es su... novio?

—Un chaval del pueblo.

—¿Lo conozco?

La abuela me alargó una rebanada de pan.

—Yo creo que sí. Jugabais juntos de pequeños. Es Max.

—¿Max? —pregunté, abriendo los ojos como platos.

Y es que en mi memoria Max se me representaba como un niño fuertote, de pelo eternamente enmarañado y rodillas peladas. Era el primero en subirse a un árbol o encaramarse a una verja, pero las palabras solo salían de su boca con sacacorchos.

No, definitivamente no podía imaginar a Áurea y a Max de novios. No a la Áurea y al Max que vivían en mis recuerdos, claro.